

EDUCACIÓN EN FRONTERAS

ESTA NO ES MI CIUDAD

Antonio Ruiz Cárdenas*

1- El Liceo, el cine, el mercado, la plaza Bolívar:

Hacimiento de gracias, recomienda la norma de cortesía para iniciar un asunto de esta guisa. Me dije esta no es mi San Cristóbal; no es hipótesis que pretenda demostrar, sino una simple subjetiva apreciación. La ciudad en mi vivencia está solamente en mi fracaso para acomodarme al ritmo de los días; aquella me resultaba más entrañable y por lo tanto plenamente comprensible, sin misterios, directa, a la medida de quien, en cierto modo forastero por venir de ahí mismo, de Capacho Antiguo, fue capaz de asumir calles empinadas, arduos recovecos, compañeros de generosa amistad. Un punto de inflexión en mi biografía fue la llegada para descubrir, temprano, el mundo maravilloso del Liceo, el Simón Bolívar, el centro de controversias, de discusiones, de inquietudes sociales y políticas y de andar, tímido arrinconado, escuchando el murmullo de las voces y la sangre de las muchachas, vestidas de faldas escocesas y blusas blanquísimas, y esperando, en los jardines, que el viento propiciatorio dejara a mi visión, los fugaces nardos nacarados de los muslos.

Hará cuarenta y algo más años de aquello. Los árboles fronteros del Cine San Carlos se poblaban de ruidosos frutos juveniles que, así enramados, cancelaban con el incómodo equilibrio el precio de la función; en el Táchira y el Cinelandia se tenía que pagar la boleta o hacer trampas; en el Pirineos, el viejo Pedro franqueaba amigable la entrada al gallinero, una vez comenzaba a proyectarse la película. En una ocasión, y fue noticia en los periódicos y en el Correo Meridiano, un policía se quedó tan prendido de las imágenes de la pantalla, que en su distracción le fue sacado de la guarda el arma de reglamento; en lugar del revólver se le colocó un plátano; una broma, sin duda, y no pérfida acción.

Los días lunes, en la esquina suroeste del Mercado Cubierto, se aparecía un señor, trajeado con un flux de caqui y tocado con fino sombrero, para vender unas tiras de papel con ristra de versos, en cuyas rimas comentaba los sucesos principales de la región, del país, del mundo; cuando le faltaba material informativo, no se paraba en mientes y disparaba fábulas, como aquella, con mucho éxito divulgativo pues pronto vendió la edición completa, en la cual narra la forma en que se había convertido en Centauro un hombre

que había levantado la mano contra su madre, porque lo había regañado como las mujeres reconviene a sus hijos. Quedamos, los más jóvenes, sorprendidos del castigo fulminante y de saber que aquella criatura, la más armoniosa de la zoología fantástica, haciéndonos olvidar su índole y pensar que en el mundo platónico de las formas hay un arquetipo de Centauro, como del caballo o del hombre.

En la esquina Suroeste de la Plaza Bolívar, sobre la carrera 7, diagonal con la casa de dos plantas donde feriba Miguel Chacón Pernía con productos de importación, aprendí una espléndida lección de periodismo. Nunca como la entradilla de reportaje expuesto por el culebrero: "*Alemania perdió la guerra, pero no la calidad de sus productos*". Así comenzó la cautivadora reláfica que se extendió, por no sé cuánto tiempo, para vender unos específicos envasados en unas botellitas en donde estaba nada menos que la mano de Dios, para curar hasta la más perniciosa de las imbombras, o el tenaz basuqueo de los chinos.

2- Lugares urbanos y el imaginario social:

Mientras voy escribiendo, un hecho incontestable se me hace presente: el lugar urbano de una persona es totalmente diferente al de otra; nace de falsos recuerdos, de las trampas que la memoria coloca para descolocarnos de la cruda realidad, de manera que esta, la de hoy, en nada se parece a la San Cristóbal de mi entonces de sueños e ilusiones. Sobre todo como en el caso cristobalense, cuando no se tiene la exactitud de la historia o la sistematización de una guía. Aquí se carece de leyendas, de cuentos, de mitos, de lo que se pueda echar mano para atribuir destellos a la vida cotidiana o remozar, en ejercicio embellecedor, la chatura de los días. Se sostuvo, durante mucho, que de la casa de Gobierno, del tal Palacio de los Leones, partían unos túneles hacia la salvación de quienes, en caso de necesidad tuvieran que huir de los despachos. Se adoba tal informe indicando que había sido propósito de Eustoquio Gómez este dispositivo en prevención ante cualquier probable riesgo de una marejada popular que le reclamara por sus desmanes tiránicos; pero no era así: los pasadizos secretos no fueron construidos; las galerías como de novelas de espías no se ejecutaron. Además, Eustoquio no terminó esa edificación que

había sido dispuesta para asiento de la Municipalidad; se finalizó 6 años después de que el duro catire rubiense fuese relevado de la Presidencia del Táchira; el general José Antonio González, quien inauguró el edificio, en su condición gobernante local, lo dijo para que funcionaran allí las oficinas del Ejecutivo. Hacia esa casa, el 21 de diciembre de 1935, muerto Juan Vicente Gómez, se produjo la primera manifestación popular en el país, contra el régimen gomecista, con tiros y muertos.

Ese suceso, que cronistas e historiadores, como otros muchos de esta región, pasan por alto, no fue una cosa espontánea, súbita fructificación de la conciencia opositora a la tiranía. No. En el Táchira se había formado un sentimiento contrario a la dictadura de Gómez. Aquí había resucitado el liberalismo mediante un acto de taumaturgia de los campesinos, principalmente, con el apoyo de la gente de pueblos y ciudad; andaba en marcha una verdadera conspiración, con hombres armados como para incendiar a Venezuela con la vehemencia rotunda de la búsqueda de desalojar al tirano de sus aposentos del poder en Maracay. No se dio a tiempo el procedimiento, porque Eleazar López Contreras, más rábula que hombre de armas, convenció al pueblo para esperar hasta abril de 1936 cuando se terminaba el período en curso de Gómez. El suceso contestario del pueblo tachirense en el Palacio de Gobierno, se resolvió con la presencia del Ejército que apagó los bríos de los rebeldes y acalló las armas de los defensores gomecistas.

3.- San Cristóbal: maneras de referirse a la ciudad

El pasado de San Cristóbal, del Táchira, ha sido muy mal contado; narrado a medias; adobado de mentirillas, tiernas algunas pocas, mal intencionadas la mayoría. Si ahora, la relación de los sucesos, los cuales se producen casi ante nuestros ojos u orejas, es dada de forma sesgada para oscurecerlos, no podemos esperar que los contenidos del ayer tengan la plena redondez y precisa luz de la verdad. A la fecha exacta de la fundación de la ciudad costó mucho en llegarse con certeza. Sólo hasta 1958 se cayó en cuenta plena de que el 31 de marzo de 1561, Juan Maldonado había realizado el ritual del fundador en el Valle de Santiago. Un fraile de la orden de los agustinos, Joaquín Urdiciáin, presentó las evidencias documentales del hecho, para desparajar al fin las dudas existentes sobre ese particular.

En uso del derecho a la fantasía, y basado en algunas circunstancias, me permito poner en duda que el nombre de esta ciudad sea el más adecuado. Maldonado dijo que se nominaría como se llama; sin embargo, se me hace que ha debido ser Santiago de Zorca, juntando la designación católica que le dio al valle, Juan Rodríguez Suárez en 1558, con el sonoro autóctono que le prodigaban los tororos. Pero el castellano de Barco de Ávila, que tenía celos del extremeño Caballero de la Capa Roja por asuntos de faldas, hizo pretexto del barrio de su infancia en Salamanca para afincarla como San Cristóbal, nominativo este que fue desalojado del Santoral

Católico, por ser mucha la leyenda que enmarañaba la realidad de su existencia. Han sido diversas las maneras para referirse a la ciudad. Villeta cuando en 1560, Francisco Sánchez, expresó la necesidad de fundar un alojamiento de cristianos por estos términos para cuidar los tesoros que debían abundar hacia el Sur, aun cuando señaló en la solicitud del Cabildo de Pamplona que para albergar los transeúntes que iban a Mérida, que tenía apenas un año de fundada el pueblo de la serranía. Ya establecida fue Villa, nombre que persistió durante siglos; no ha más de medio siglo que un pregoneroño o gritense o capachero, anunciaban su viaje con “voy para la Villa”; también fue un amortecido “Lugarejo a punto de desaparecer”; un poblado “de alegre cielo y apacible temple”, o más recientemente, en la voz de poetas “Aldea en la Niebla” de Manuel Felipe Rugeles; “Comarca de la Niebla” de Manuel Osorio Velasco; “Ciudad de las estrellas” de César Casa Medina; “Torre de niebla” de Aurelio Ferrero Tamayo; “Novia del Torbes” de Elio Jerez Valero, en donde, de modo abierto o muy tácito, cantan la belleza del paisaje, que, en cierto, es lo más espléndido en este trazado urbano, dominado por el mal gusto en las acometidas de quienes la pueblan, al punto parece se refiere a San Cristóbal un personaje de Gabriel García Márquez en “El amor en los tiempos del cólera” cuando declaraba, soturno, de la nobleza de su ciudad que era tal que no habían podido destruirla aun siendo esa la intención de todos desde el primer día de la fundación.

Ha habido otros nombres, al cual más ridículo. Por allá, al promediar el sexto decenio del siglo pasado, cuando Benito Quiroz descubrió que era él de las tierras andinas de donde “son los hombres del día, las hembras más bellas también son de allá”, le dijeron era la “Ciudad Señora de los Andes venezolanos”, con claro tinte de adulancia; ahora estamos empeñados en ser “ciudad cordial”, calificativo que fue escrito en 1966 en un publicitario de la empresa eléctrica estatal para hacer notar en el aviso que estaba alumbrando a la ciudad más cordial del país. Eso resultó bonito para muchos y nos lo adjudicaron y nos lo creímos, como también que aquí somos tan rotundos que hacemos la Feria Gigante de América. Eso de ser afectuosos se contrasta cada día, cuando un caminante cruza una calle por las líneas peatonales y es embestido por los automovilistas con ánimo cinegético, teniendo el viandante la misma sensación que debe angustiar, si sucede, a un ciervo convertido en pieza en un coto de caza.

4.- Efectos de la desmemoria:

La desmemoria colectiva tiene efectos perniciosos. En San Cristóbal hay ahora el generalizado convencimiento de que esta no fue fundada por Juan Maldonado, ni tuvo que padecer la incuria durante siglos, ni que su crecimiento poblacional fue tan lento como que al cabo de cien años los vecinos apenas si sumaban un centenar; para corresponder a esa creencia asentada ahora, se considera que todo comenzó en enero de 1965 y quienes tienen que ver con el acto fundacional son los Molina Colmenares, Espejo, Santos

Castillo, Sánchez Molina, Casique, Briceño, Valero, Semidey, Ochoa Vivas, Moreno Perozzo; infectado yo por la plaga del olvido, no recuerdo de más de la nómina de esos nuevos capitanes fundadores.

Han sido borrados de la faz de la ciudad en buen gusto, el decoro, la circunspección, la gravedad, cayendo en la altisonancia de lo ridículo. Eso lo exhibimos, con toda impudicia, con absoluta falta de recato, en los matachines que pueblan espacios públicos: un faro ciego al lado de un río agostado y agotado; un monigote que pretende ser símbolo de la ciudad; una horrible cabeza tolteca torturada y sin plástica; un palomar, el colmo de la arquitectura que menos nos representa; un mamotrero de latón sin finalidad en donde comienza al Oeste la avenida Carabobo; las paredes sin razón del viejo hospital, como para dar a entender ruinas de un bombardeo irrefrenable e inexistente; el vuelo sin retorno del águila metálica que coronaba la columna del centro de la Plaza de La Ermita, para dejar en su lugar una mole informe en representación de Paéz. Menos mal que el avión que estaba a un costado del Hotel El Tamá, hizo un vuelo inescrutable, con el combustible, presumo, de la vergüenza de estar ahí sin ton ni son. Los pintajarros de las paredes que llaman murales, sin arte ni parte en la belleza pictórica. Y como es fardo pesado el pasado, preferimos que se acabe de una vez y para siempre la edificación de Casa Steinvorth, por cuanto su preservación nos viene a recordar que el Táchira fue tierra de campesinos productores de café, lo cual es malo para el talante de urbanos, copiadores de las miserias de las grandes ciudades. Mucho hemos perdido. Se han extinguido especies animales, vegetales; todos los días hay profesiones que se vuelven inútiles; palabras que han dejado de tener personas que las digan, tradiciones que pierden sentido, platos que extraviaron sus fórmulas de los fogones de los berejeteros; sentimientos que se hacen contrarios y nos llevan a la desconfianza. Antes, decir su madre, era una ofensa mayúscula; en cambio ahora se agradece la mentada; desde hace relativamente poco, sacamos pecho, tomamos aire e idiotamente sonreímos, cuando nos dicen que somos unos puercos, porque gocho es eso, otra manera de nombrar al cerdo, al cochino, al marrano. No soy yo ese mamífero paquidermo doméstico, de cabeza grande, orejas caídas, jeta casi cilíndrica, con la cual hoza la tierra y las inmundicias; cuerpo muy grueso, con cerdas fuertes y ralas, patas cortas, pies con cuatro dedos, los del medio envueltos por la uña, y rudimentales los de los lados, y cola corta y delgada, que se cría y ceba para aprovechar su carne y grasa: el verdadero gocho, el auténtico verraco. Todo esto nos distancia grandemente de la ciudad enclavada en el personal latido y que me convierte en extranjeros de estas calles que conservan tan solo un parecido con las de ese ayer inventado en lo feliz.

Esta es una experiencia académica interesante, para redimirme un poco de la falla, la mala calidad de la exposición, por mi carencia de talento, voy a recordar algo, un hecho que tiene que ver con la geografía. El 1 de enero de 1604, los miembros del Cabildo de la Villa, que apenas llevaba 42 años y nueve meses de

existencia, se reunieron para considerar la desventajosa situación que padecía; resolvieron dirigir una misiva al Rey, solicitándole mercedes para beneficio de San Cristóbal. No eran muchas las demandas, casi todas las solicitudes dirigidas al mejoramiento de la casa del culto. Como al desgaire, sin que pareciese amenaza, sino una previsión, señalaban que de no atenderse los requerimientos el destino del lugar era el acabamiento, lo cual tendría su efecto negativo para todo el contexto continental: la carta dice: "para las islas de Margarita y Santo Domingo y los virreinos de Nueva Granada y Perú" y todo por ser crucero de caminos. No tenían a la disposición elementos competentes para otear la extensión, el tamaño de lo que les relataba su intuición. La angustia de caminos ha persistido, pero no se ha tenido ni capacidad ni imaginación, para partir a la construcción de una visión, eso que se denomina en algunas culturas el destino, la constante histórica y que rescata a los pueblos de las cadenas de la medianía. San Cristóbal pudiera ser un lugar en el cual se estimulara un centro de negocios continentales y al mismo tiempo, el sitio para el emprendimiento de un gran desarrollo de nuevas tecnologías con influjo a todos los derroteros de América. Si los hombres de la Villa de 1604 pudieron percibir la enorme importancia geográfica de San Cristóbal, los de hoy también pueden soñar bien alto. Habrá que averiguar, con rigurosa ciencia, los bebestibles capitosos que apuraron en la fiesta de la nochevieja de 1603, la víspera del día en que su pusieron cogitabundos a hacer cuentas sobre el futuro; a lo mejor quedamos embriagados, encantados de grandeza.

Fuentes Consultadas

- AGUADO, Fray Pedro de (1963): *Recopilación Historial de Venezuela*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Fuentes de la Historia Colonial de Venezuela. Caracas.
- BOLETIN del Centro de Historia del Táchira
- CÁRDENAS, Horacio (1970): *Las Lomas del Viento*. Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, San Cristóbal.
- CASTILLO LARA, Lucas Guillermo (1989): *San Cristóbal Siglo XVII*, Tiempo de Aleudar. Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, San Cristóbal.
- CHIOSSONE, Tulio (1961): *La Villa*. Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses. San Cristóbal.
- FIGUEROA, Marco (1961): *Por los Archivos del Táchira*. Biblioteca de Autores y Temas Tachirenses, San Cristóbal.
- GUERRERO, Emilio Constantino (1943): *El Táchira, Físico, Político e Ilustrado*. Caracas.
- SIMON, Fray Pedro (1963): *Noticias Historiales de Venezuela*. Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia. Caracas.
- VELÁSQUEZ, Ramón J. (1972): *Donde la patria empieza*. Caracas.